



LA CULTURA Y LOS VALORES RELIGIOSOS

María Rosario Morales Arias

Uno queda asombrado frente a las variadas y complejas manifestaciones de la cultura humana. Cada cultura posee rasgos que la hacen original y orgánica en su propia estructura y, en la mayor parte de los casos, las diferencias culturales se deben a que se han ido desarrollando sobre territorios concretos, cuyos elementos geográficos, históricos y étnicos se entrelazan de modo irrepetible; dijo Juan Pablo II en su viaje a España, el año 2000.

Es evidente que cada ser humano está marcado por su cultura. La cultura, como dice Emilio Durkheim, se expresa en las formas de pensar, sentir y obrar de una colectividad; es decir, se nos revela como un universo mental, moral y simbólico común a una pluralidad de personas. Pero ello no debe llevarnos a caer en el determinismo cultural. El hombre es, fundamentalmente, un ser moral, que busca conocer la interacción existente entre su naturaleza y su verdadera y efectiva condición de "ser" libre, racional, autónomo y -como hemos dicho- fundamentalmente moral.

En tanto que persona moral, el hombre se mueve dialécticamente entre la fuerza de los condicionamientos culturales y el dinamismo esencial de su libertad. Con otras palabras, y siguiendo a Kant, el hombre se mueve entre los contenidos empíricos de su experiencia y la actividad de su conciencia y



libertad, buscando alcanzar un conocimiento constructivo para, elevándose a nivel de la conciencia de sí mismo, vivir con responsabilidad su historia personal y social; y, cuanto más profundo es el ahondamiento sobre la realidad deficiente, con mayor claridad aparece la Trascendencia.

La cultura es una creación del hombre. Es un resultado de la inteligencia y de la voluntad que le mueven incesantemente a *cultivar los bienes y los valores de la naturaleza*.

En este sentido debemos tomar las palabras de Juan Pablo II, en el citado discurso del año 2000, que definió la cultura diciendo:

“La cultura es expresión cualificada del hombre y de sus vicisitudes históricas, tanto a nivel individual como colectivo”.

El gran valor instrumental de la cultura reside en que, a través del moldeamiento de la personalidad humana, proporciona los medios para predecir una buena parte del comportamiento de nuestros semejantes. En definitiva, la cultura facilita esquemas de respuestas y estímulos para la acción social, posibilitando con ello la vida del hombre en sociedad. La solidaridad, la caridad, el amor al prójimo son requisitos imprescindibles para una vida social plena; exigen la comprensión de las normas, las reglas, la adquisición del sentido de obligación moral, la capacidad de categorizaciones valorativas y la construcción de una moralidad de amor, justicia y principios.

A su vez, la cultura no es algo estático. Junto a sus elementos esenciales, estables y duraderos -que siempre subyacen en la vida del hombre y constituyen el prisma desde donde se percibe a sí mismo, a los otros y a la



realidad- la cultura posee unos elementos de carácter dinámico y contingente, que permiten la construcción de nuevas experiencias. Así, la cultura cambia, y con ella el "mundo" va girando incluso para aquellos que no buscan ensanchar el conocimiento y ponen fronteras a las nuevas experiencias posibles.

Un importante agente de cambio cultural lo encontramos en los jóvenes. La cultura siempre es objeto de contestación por parte de éstos. Pero, como reconoce Juan Pablo II, los jóvenes, al "contestar", no destruyen necesariamente, sino que someten la cultura heredada a prueba en la propia vida y, tras esa verificación existencial, la cultura deviene en más viva y actual. Dijo literalmente el Papa el año 2000:

"si una cultura se encierra en sí misma y trata de perpetuar formas de vida anticuadas, rechazando cualquier cambio y confrontación sobre la verdad del hombre, se vuelve estéril y su final es la decadencia".

Admitida la necesidad del cambio, y para que tal suceda, en el sentido de una adecuada conformación de la cultura, se requiere la participación directa del hombre. La persona humana debe comprometerse a construir el futuro con miras a su destino trascendente.

El hombre debe buscar hacer de sí mismo un ser singular. Un ser que se autolegisla, que desarrolla su creatividad, su conocimiento y que se mueve en el horizonte de la obligación moral. Es en este nivel donde la contribución de la Iglesia es decisiva para la consecución de una verdadera cultura.



En 2003, el Congreso de Católicos y Vida Pública ya planteó:

→ ¿cómo será la cultura del futuro?

y

→ ¿cómo se había llegado al estado de cosas en la que la cultura tradicional se encontraba?

Partían del diagnóstico de que la cultura tradicional estaba siendo destruida o congelada, y atribuían esta situación a que no se estaba teniendo en cuenta que la fe religiosa da forma a la cultura, la influye y le da unidad, y la causa de tan precaria situación radica en que se había descuidado la dialéctica relación que debe existir entre cultura y religión.

En un artículo publicado en La Razón, el 11 de noviembre de 2003, el profesor Dalmacio Negro se manifestaba en este mismo sentido. Señalaba que la religión tradicional en Europa es el cristianismo, y en España, el catolicismo; y hoy tienen como rival principal una especie de religión inmanente, al modo comtiano, donde Dios, es sustituido por la humanidad, de tal forma que el propio hombre se autodivina como sujeto y objeto. Y añadía que de esta circunstancia deriva el débil carácter de la cultura postmoderna que,

“informada por una religiosidad sin fundamento, es incapaz de informar la cultura.”

Han pasado unos años desde que se hicieron estos diagnósticos, y la situación no ha mejorado. Así lo muestran las palabras pronunciadas, hace escasos días, concretamente el 21 de octubre pasado, por Benedicto XVI en la Pontificia Universidad Lateranense. Decía:



“Un contexto como el académico invita de forma peculiar a entrar de nuevo en el tema de la crisis de la cultura e identidad que estas décadas plantean... La Universidad es uno de los lugares más significativos para intentar encontrar el camino..... para salir de esta situación”

Hoy, los avances tecnológicos, la rapidez de los medios de comunicación y la aceleración económica han logrado derribar gran parte de los rasgos que identifican a muchas culturas. Son, también muchos los bienes culturales que se enfrentan al reto de desaparecer en la uniformidad a la que puede llevar el fenómeno de la globalización y la fuerza de la llamada sociedad de la comunicación.

La globalización, si se centra exclusivamente en las actividades económicas de los países desarrollados, genera cambios culturales en los países menos desarrollados, creando mayores asimetrías y pluralidades vinculadas con la desigual concentración de la riqueza, pero sin alcanzar las ventajas de acercar a los pueblos, enriquecerlos y favorecer el diálogo intercultural.

Este estado de cosas llevó a Benedicto XVI, en la citada Universidad Lateranense, a exhortar a:

no sólo indagar la verdad y suscitar estupor perenne, sino también promover su conocimiento en todos los aspectos y defenderla de interpretaciones reductoras y erradas.



Para terminar:

Frente a los modelos que anulan al hombre en la masa e ignoran el papel de su creatividad y libertad, o aquellos otros modelos que ponen la grandeza del hombre en sus dotes para el conflicto y la guerra, la Iglesia promueve comportamientos humanos que favorecen la cultura de la paz y este objetivo sólo se alcanza a través de la evangelización. La evangelización se inserta en la cultura. Ayuda en la búsqueda de la verdad. Ayuda a encontrar, como decía Santo Tomás: *la adecuación entre el entendimiento y la realidad, y, a la vez*, posibilita el logro del verdadero desarrollo del hombre y de los pueblos.

El verdadero desarrollo del hombre y de los pueblos exige Trascendencia. La Trascendencia es ajena a argumentos e inducciones. La Trascendencia es connatural al hombre. La conciencia moral no tiene explicación si no es desde la Trascendencia y la responsabilidad no cabe más que ante una instancia superior.

En síntesis, la cultura, si prescinde de la dimensión moral del hombre y, por ende, de los valores religiosos, no puede desempeñar la función esencial que da sentido a su existencia; cual es:

Coadyuvar a un verdadero desarrollo en el que todos los derechos del ser humano y de la Naturaleza sean respetados.

Y: *"El desarrollo es el nuevo nombre de la paz"*

(Pablo VI: *Populorum Progressio*)

Madrid, 26 de octubre, 2006